

AMERICA Y ESPAÑA
EN LA HISTORIA

Tradición cultural europea e identidad latinoamericana

RICARDO KREBS*

El encuentro y choque entre sociedades y culturas distintas constituye uno de los grandes temas de la historia universal y se ha repetido una y otra vez a lo largo de los siglos.

Herodoto, el historiador de las guerras médicas, vio en el conflicto y en el encuentro de Occidente y Oriente el máximo evento de la historia.

Alejandro Magno, en una gigantesca y fastuosa fiesta en Susa, celebró su boda con la princesa imperial persa Estatira y las bodas de diez mil soldados macedonios y griegos con 10.000 mujeres persas. Era expresión y símbolo de la fusión de Occidente y Oriente, fusión de la cual emergería el mundo helenita.

Del choque y encuentro de los pueblos germánicos, del imperio romano, de la civilización grecolatina, del cristianismo, de los árabes y del Islam, surgió el mundo medieval con el Santo Imperio Romano-Germánico, el Imperio Bizantino y el Imperio de los Califas.

En estos choques se produjeron actos de extrema violencia y残酷 que tuvieron ribetes trágicos. Pueblos enteros fueron aplastados y vieron

*El autor es Premio Nacional de Historia, autor de numerosas obras de su especialidad, catedrático universitario. El trabajo que incluimos en esta edición es el texto de la conferencia que dio en Concepción, con motivo de cumplir cien años el Colegio Alemán de esta ciudad.

truncados sus destinos, desapareciendo de la historia sin completar su desarrollo. Sucumbieron florecientes civilizaciones. Los vencidos quedaron reducidos a la esclavitud y tuvieron que contribuir a la gloria y la opulencia de los vencedores. Pero de estos encuentros e intercambios también surgieron los más altos valores culturales, de los cuales se ha nutrido todo el desarrollo histórico posterior.

Con la gesta de Cristóbal Colón se inició un proceso que, por una parte, revistió semejanzas y analogías con fenómenos similares de la historia universal; pero que, por otra, posee características únicas que le confieren un sentido especial.

Cierto es que ya los normandos habían establecido un contacto entre Europa y América a través del Atlántico Norte. Cierto es que se había establecido alguna relación entre América y la Polinesia a través de la inmensidad del Pacífico; sin embargo, estos hechos no habían producido efectos históricos permanentes.

En cambio, a raíz del viaje de Colón cambió la historia. Durante siglos y milenios la historia de ambos continentes se había desarrollado paralelamente. Y en cada continente el proceso histórico había tenido su propia dinámica y se había desenvuelto con entera autonomía. Súbitamente este mutuo aislamiento fue interrumpido. El contacto que Colón estableció, significó para los pueblos americanos una alteración radical de su existencia histórica.

La repercusión fue decisiva en España y Portugal, grande en el resto de Europa, importante en ciertas zonas de África, débil en Asia. Pero en alguna forma, en grado mayor o menor, el mundo entero se vio afectado por este acontecimiento. No sólo el continente descubierto por Colón se reveló como un mundo nuevo, sino que el mundo entero cambió y se renovó y llegó a ser distinto de lo que había sido antes.

Lo que diferencia el choque y encuentro de América y Europa de otros procesos similares fue ante todo el hecho de que este contacto se produjo súbitamente, sin ningún proceso preliminar o preparatorio, de modo que no había ningún conocimiento previo. De un día al otro se produjo el contacto entre pueblos y culturas profundamente distintos, con valores, tradiciones e instituciones radicalmente diferentes.

El contacto y choque fue violento. Los españoles no se contentaron con establecer factorías comerciales en las tierras descubiertas por ellos, como lo hicieron los portugueses en la India, sino que establecieron su dominio político y militar. En el curso de medio siglo, los españoles tomaron posesión de las tierras americanas a nombre de los Reyes de Castilla y del Vicario de Cristo. Las altas culturas de los aztecas, mayas e incas, como

también los pueblos de menor desarrollo, sucumbieron ante las armas de los españoles. Sólo en Chile, los araucanos opusieron tenaz y heroica resistencia que se prolongaría a través de los siglos.

Como todos los grandes hechos de la historia, la conquista de América por España y Portugal ha recibido los comentarios más diversos.

Hay quienes siguen suscribiendo las palabras que el historiador López de Gomara escribió, lleno de júbilo y orgullo, en la obra que dedicó al emperador Carlos V: "la mayor cosa después de la creación del mundo es el descubrimiento de América". Gracias al descubrimiento y a la conquista, América quedó incorporada a Occidente y pudo recibir los más altos valores de la cultura clásica y de la religión cristiana. En agradecimiento y reconocimiento a todo lo que América había recibido de España, se instituyó en 1892, con ocasión del Cuarto Centenario del descubrimiento de América, el Día de la Raza. La celebración del 12 de octubre debía servir para unir a todos los pueblos latinoamericanos con la madre patria y recordar con júbilo y satisfacción que gracias a la hazaña de Colón, América había quedado integrada a la historia universal.

Sin embargo, también hay quienes maldicen a Colón y condenan la Conquista, ya que bajo la dominación extranjera los pueblos americanos habrían perdido su alma y su propio ser. Actualmente, en vísperas del quinto aniversario del viaje de Colón, hay quienes propugnan suprimir el 12 de octubre como fiesta en América Latina e instituir una nueva fiesta en el día 11 de octubre, para recordar y celebrar el último día en que América había sido libre y había pertenecido a sí misma.

Ante tan contradictorios juicios cabe preguntar por el significado real del encuentro entre América y Europa: ¿Qué es lo que recibió América efectivamente de Europa y en qué se transformó la tradición cultural europea?

La Conquista fue obra, fundamentalmente, de personas de fuerte personalidad, verdaderos caudillos, grandes empresarios, audaces aventureros: un Cortés, un Pizarro, un Pedro de Valdivia. Hombres animados de una tremenda voluntad de poder, ansiosos de gloria y de riqueza, capaces de afrontar cualquier amenaza y de superar cualquier peligro que el enemigo humano o una naturaleza hostil les pudiera deparar. La conquista en cada una de las regiones de América recibió la huella inconfundible de su conquistador.

Sin embargo, estos Adelantados, Capitanes y Gobernadores no actuaron en forma independiente, sino que procedieron como representantes del Rey de Castilla, de quien recibían su mandato y a cuyo nombre tomaron posesión de las tierras que descubrieron y conquistaron.

Conjuntamente con establecer su dominio, ellos introdujeron en América las formas políticas propias de la monarquía tal como se había formado en los fines de la Edad Media en Europa.

Con el dominio español se estableció en América el Estado moderno caracterizado por la centralización del poder y una organización administrativa burocrática.

Desde entonces la vida política en América ha girado en torno de estos dos polos. Por una parte, el gran caudillo, el personaje carismático, de cuya gestión afortunada se espera la solución de todos los problemas. Por otra parte, el orden constitucional, las formas jurídicas, el aparato burocrático. Por una parte, el gobierno como representante del bien común debe promover el desarrollo de la sociedad en beneficio de todos y para la grandeza de la nación. Por otra parte, la autoridad al servicio de los intereses de las personas y de los grupos, el aprovechamiento del poder en beneficio propio.

A menudo, estas tendencias se han contrapuesto fuertemente. Y en muchas repúblicas latinoamericanas, la historia ha sido una sucesión casi ininterrumpida de dictadura, revolución, experimento constitucional, nueva revolución y nueva dictadura.

Pero también ha habido casos de una feliz reconciliación como el Estado portaliano en Chile, que ha sido personal e impersonal a la vez, con una fuerte autoridad presidencial y un sólido orden institucional y constitucional; un Estado de derecho o, como lo llamó Alberto Edwards, un Estado en forma que permitió al hombre ser persona y ser libre y que, a la vez, supo resguardar los intereses colectivos y el orden público.

Sin embargo, caudillismo y *Res Publica* permanecen en América Latina en permanente tensión. Forman parte de nuestra tradición política que tiene su origen en los días en que los conquistadores españoles introdujeron en tierras americanas un gobierno personal y las instituciones propias de la monarquía española.

Los españoles, al llegar a América, se encontraron en México y en Perú con pueblos de alta cultura y con un orden social organizado jerárquicamente. Al frente de los pueblos de origen maya había una clase sacerdotal. En el imperio azteca y el imperio inca había una aristocracia guerrera y sacerdotal.

Los españoles desplazaron a los antiguos gobernantes y se constituyeron en nueva clase dirigente, dejando subsistir, en lo fundamental, el orden social existente. Este modelo de sociedad guardaba semejanza con la sociedad estamental existente en Europa.

En ambos casos había una clase dirigente, sostenida económicamente por el trabajo de la población campesina.

Bajo la dominación española se acentuó aun el carácter feudal aristocrático de la sociedad latinoamericana. Los españoles que llegaron al Nuevo Mundo provenían, en parte, de la baja nobleza, en su mayoría eran comunes. Pero todos ellos compartían el ideal de hidalguía que constituía el más alto parámetro social en España. Todos ellos querían ser señores y querían liberarse de los quehaceres serviles. El ideal señorial echaría profundas raíces en América y condicionaría muchos aspectos de la vida americana. Se mantendría a través de los siglos en medio de los profundos cambios que se producirían a raíz de la aparición de las clases medias y del surgimiento del proletariado industrial y de las masas urbanas marginadas. Hasta la fecha se mantienen actitudes y comportamientos señoriales y se siguen despreciando ciertas actividades y posiciones como serviles.

La sociedad en América Latina sería una sociedad heterogénea y diferenciada, con hondos contrastes y antagonismos, con sus patrones y sus peones, con los caballeros y los rotos, con sus ricos muy ricos y sus pobres muy miserables.

Y sin embargo esta sociedad tan dividida no constituyó nunca un orden social rígido ni fue nunca una sociedad de castas cerradas. Tuvo formas de una sociedad estamental, pero no tuvo nunca estamentos privilegiados por la ley. En el imperio colonial español no existió una aristocracia con fueros propios, no existieron Cortes con representaciones estamentales. Bajo la monarquía, todos los habitantes que eran españoles y descendientes de españoles, fuesen peninsulares o criollos, fuesen de pura sangre española o fuesen mestizos, eran iguales ante la ley.

Por esta y otras razones las sociedades latinoamericanas se caracterizaron por un gran dinamismo. Al mismo tiempo de mantener sus ordenaciones jerárquicas y sus estructuras de clases, fueron sociedades permeables que hicieron posible el ascenso social. No hubo barreras jurídicas ni privilegios formales. La sociedad siempre estuvo abierta al talento y a la capacidad. Sus capas dirigentes se renovaron continuamente con nuevos elementos que, gracias a su empuje y su inteligencia, se abrían paso desde abajo.

Esta movilidad social se vio facilitada, por otra parte, por el hecho de que en América Latina no se establecieron barreras étnicas. Desde el primer día en que los españoles pisaron tierras americanas, se mezclaron con mujeres indígenas. Entre los primeros conquistadores, las mujeres eran escasísimas, y los hombres buscaron con pasión el contacto con la mujer americana. Esta, por su parte, no sintió ninguna aversión frente al extranjero y lo recibió generosamente. Así se inició un proceso de mestizaje que ha continuado hasta la fecha actual y que se abrió también a los nuevos contingentes humanos que llegaron a América en el curso del tiempo. En

tiempos de la Colonia llegaron los africanos que fueron llevados como esclavos para trabajar en las plantaciones y en los servicios para los cuales faltaba mano de obra indígena. Y de la misma manera como se había producido el mestizaje entre españoles, portugueses e indios, ahora se cruzaron los americanos con los africanos. En el siglo xix, en la época republicana, llegaron las nuevas oleadas de inmigrantes: italianos, alemanes, polacos, yugoslavos, turcos y, en el siglo xx, los judíos que huyeron del régimen nacista. El continente americano ha sido continente de inmigración que ha recibido a millares y millones de inmigrantes, campesinos, comerciantes, artesanos, técnicos y científicos: a todos los ha recibido generosamente, los ha integrado a su ser. América Latina fue —como ha dicho un antropólogo norteamericano— un gran *melting pot*, una gran olla en que se mezclaron y alearon todos los elementos.

Ahora bien —y ello es fundamental en relación con nuestro tema—, América, conjuntamente con recibir a los contingentes humanos inmigrantes, recibió y asimiló también las tradiciones culturales que ellos portaban. De esta manera, la cultura latinoamericana se fue enriqueciendo y diferenciando cada vez más.

Los españoles que llegaron en el siglo xvi introdujeron el folclore español, en particular el folclore andaluz, con su música, sus bailes y sus versos, y ellos introdujeron los altos valores de la cultura del Siglo de Oro y de la mística española de una Santa Teresa y de un San Juan de la Cruz. Desde entonces la lengua española ha sido la lengua a través de la cual el habitante de la América española ha comprendido su ser y ha expresado sus nostalgias, sus esperanzas, sus dolores y sus alegrías. Después de la Independencia, los países latinoamericanos se abrieron a la totalidad de la cultura europea. Ya sea por contacto directo con los distintos países de Europa, ya sea a través de los inmigrantes europeos que llegaban, los países latinoamericanos asimilaron los ricos contenidos de las distintas culturas nacionales. Francia se erigió en el gran modelo cultural. París fue durante la segunda mitad del siglo xix la metrópoli de las clases dirigentes latinoamericanas. Las familias aristocráticas se trasladaban por largos períodos a París y participaban activamente en su elegante vida social y en el variado y rico mundo de las letras, del arte, del teatro y de la ópera. Inglaterra se convirtió en el modelo político. En una u otra forma, las Repúblicas latinoamericanas procuraron imitar las sabias soluciones del régimen parlamentario inglés. Los latinoamericanos hicieron suya la gran tradición humanista y artística de Italia. A partir de fines del siglo xix, Alemania ejerció una influencia decisiva sobre las instituciones educacionales y militares de gran parte de los países latinoamericanos. Tomando este proceso en su conjunto, puede

decirse que América Latina repitió e hizo suyas en los siglos XIX y XX las principales experiencias históricas vividas por los pueblos europeos.

Asimiló y trató de poner en práctica las tendencias liberales, democráticas y socialistas. Recibió con entusiasmo las ciencias y la tecnología y acusó el fuerte impacto del racionalismo y del positivismo. Vivió con intensidad el romanticismo y se mantuvo abierta a todas las nuevas corrientes que surgieron posteriormente en el campo de las letras y artes.

Los protagonistas de este proceso de identificación con las más altas expresiones de la cultura europea fueron, en un comienzo, los miembros de las clases dirigentes. Las familias aristocráticas, dueñas de la tierra y de las fortunas que producían las minas, los ingenios azucareros y las plantaciones, disponían de los medios económicos para viajar a Europa, para tener a una institutriz que enseñara francés e inglés a sus hijos, para comprar libros y obras de arte y finos muebles. Sin embargo, estas formas culturales no quedaron limitadas a la aristocracia. Las clases medias que se formaron a partir de la segunda mitad del siglo pasado se incorporaron plenamente a este proceso. Así como hicieron suyo los ideales republicanos y nacionales y se incorporaron a las formas e instituciones políticas que habían sido definidas por las clases gobernantes a partir de la Independencia, así también hicieron suyo el legado cultural europeo. Los vehículos más importantes en este proceso fueron la Educación Media y la Universidad. Los planes de estudio en la Educación Media estuvieron orientados claramente hacia Europa. La literatura española del Siglo de Oro, las obras de Cervantes, Lope de Vega o Calderón, constituyan la parte medular de la educación literaria. La Historia Universal ocupaba un amplio espacio. El alumno que jamás había estado en Europa, adquiría un sólido conocimiento de la historia europea y sabía más de la historia de Francia o de Italia de lo que sabía de la historia de Brasil, Venezuela o Colombia. Estando en la Universidad, conjuntamente con avanzar en el conocimiento de su especialidad y estudiar los textos de los juristas franceses e italianos, de los filósofos políticos y economistas ingleses, o de los físicos y químicos alemanes, siguió imbuiendo los valores de la cultura europea.

Entre las antiguas familias aristocráticas y las nuevas clases medias existieron roces y antagonismos y en las profundidades de su vida anímica hubo recelos, odios y resentimientos. Pero intelectualmente poseían la misma cultura y reconocían los mismos valores. Y por eso el ascenso de las clases medias y, finalmente, su acceso al poder político se produjeron sin que tuviese lugar una ruptura en la continuidad histórica, como claramente lo demuestra el ejemplo chileno con el triunfo de Arturo Alessandri en el año 1920 y el triunfo del Radicalismo en el año 1938.

El bien espiritual más importante introducido por los españoles o portugueses fue la religión cristiana, más concretamente, el catolicismo barroco y contrarreformista, caracterizado por una religiosidad más emotiva y sentimental que intelectual y que se expresaba a través de una rica liturgia y de fervorosas formas devocionales. La religión cristiana católica penetró profundamente en las poblaciones indígenas, dando origen a una intensa religiosidad popular que se manifestaba a través del culto de los santos, de las procesiones, de la música y del baile. Máxima expresión de la fusión del catolicismo contrarreformista y del sentimiento religioso del indio americano fue el barroco colonial, con su fuerte sensualidad y su depurada espiritualidad.

La conquista de América por los españoles y portugueses significó un violento choque entre culturas y sociedades distintas. Sin embargo, en el curso del tiempo, se produjeron contactos, cruces y fusiones. Se mezclaron las razas y las formas culturales. Las nuevas sociedades que se formaron en América Latina asimilaron los más altos valores de la tradición cultural europea. Cristianismo y humanismo, las concepciones e instituciones políticas y jurídicas europeas, los adelantos científicos y tecnológicos; laicismo, romanticismo, impresionismo, expresionismo, el idealismo hegeliano, el positivismo de Comte, el materialismo dialéctico de Marx y Engels, el existencialismo de Heidegger y Jaspers: todo ello se hizo presente en América, todo ello fue de alguna manera asimilado y utilizado. América Latina se realizó históricamente como parte de Occidente. Uno de los países en que mejor se puede observar concretamente este proceso es Chile. Chile, como parte del imperio español, quedó organizado de la misma manera que el resto de América. Sin embargo, desarrolló una personalidad propia a raíz del hecho de que fue la única posesión española que vivió en un estado de guerra permanente. Chile, Flandes en Indias, fue país de guerra, país de frontera. Ello constituyó una experiencia histórica que marcó profundamente su desarrollo. Chile, una vez conquistada su independencia, se abrió pronto hacia todos los países europeos e invitó al extranjero a colaborar en el desarrollo del país. Andrés Bello dejó huellas imborrables en el desarrollo institucional, jurídico e intelectual. Oficiales napoleónicos contribuyeron a la reorganización del ejército chileno. El polaco Domeyko reorganizó los estudios universitarios. Comerciantes ingleses vincularon a Chile con el resto del mundo. Como grupo, quizás el elemento más importante fue el grupo de alemanes que llegaron al país como colonos, artesanos, comerciantes, académicos y militares. Los colonos alemanes que se establecieron en el sur de Chile llegaron en un tiempo, en que las provincias australes estaban escasamente pobladas y en que el Estado chileno aún no se había hecho

plenamente presente en esa parte del territorio nacional. Por este motivo, los colonos alemanes, para poder mantener el nivel de vida a que estaban acostumbrados, crearon sus propias instituciones: establecieron colegios, hospitales, clubes sociales, servicios contra el incendio; todo lo necesario para llevar una vida civilizada. Apoyados en estas instituciones, los alemanes conservaron su idioma y sus tradiciones culturales.

El Estado y el pueblo chilenos, con gran generosidad, reconocieron estas instituciones y respetaron su autonomía. Y ello permitió a los alemanes a aportar al país lo mejor que tenían, y contribuyó a que estos inmigrantes empezaran a amar este país, a serle leal y a servirle.

Eran elementos nuevos y extraños que podrían haber sido un factor perturbador. En su mayoría eran protestantes. Sociológicamente, no existía en el siglo pasado ningún grupo social comparable. No tenían absolutamente ninguna relación con la tradición cultural hispánica. Y sin embargo, ellos se entregaron a este país, quisieron ser hijos de él, quisieron ser ciudadanos leales como el que más. No se aprovecharon del país para enriquecerse a expensas de él, sino que invirtieron los frutos de sus trabajos en el mismo país, de modo que su propio progreso se tradujo en progresos para la nación chilena.

La sociedad chilena aceptó plenamente estos aportes. Alaba la capacidad de trabajo y otras virtudes del alemán, se ríe con benevolencia de la ingenuidad de don Otto y siente a los alemanes en Chile como parte de la nación. Los alemanes, por su parte, se han identificado totalmente con Chile y si tratan de conservar los elementos más valiosos de su tradición cultural, lo hacen porque están convencidos de que esta tradición es fuente de fuerzas y riquezas que pueden beneficiar al país y que, lejos de constituir un peligro para la unidad nacional o la idiosincrasia chilena, constituye un elemento enriquecedor de la identidad de Chile.

La influencia alemana, por otra parte, ha sido importante para la organización del ejército chileno. Chile fue —como ya mencioné— país de guerra, con una larga tradición militar.

El ejército de la Frontera y las milicias en tiempo de la Colonia estuvieron organizados según el modelo español. A raíz de la Independencia se reorganizaron las fuerzas militares, sirviendo de modelo el ejército francés. Durante el siglo xix, el país tuvo que hacer frente a nuevos problemas bélicos: la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, la guerra contra España y, finalmente, la Guerra del Pacífico. Después del triunfo en esta guerra, el gobierno chileno comprendió que era indispensable modernizar el ejército para que Chile pudiera hacer frente a cualquier nuevo conflicto. Seguían pendientes los problemas limítrofes con Argenti-

na. Chile no se podía dormir sobre sus laureles. Era el tiempo en que Alemania, a raíz de la guerra contra Francia en 1870, estaba surgiendo como la primera potencia económica y militar en el continente. Los triunfos en Metz y Sedan habían cubierto de gloria a sus soldados. El ejército alemán era considerado el mejor del mundo. Numerosos Estados tomaron el ejército alemán por modelo. También el gobierno chileno contrató a instructores alemanes para modernizar el ejército chileno. Conjuntamente con introducir el uniforme prusiano, el paso de ganso, el rifle Mauser y el cañón Krupp, los instructores alemanes impusieron la disciplina y las formas tácticas y estratégicas propias del ejército alemán. En muchos aspectos, fueron innovaciones radicales. Sin embargo, al mismo tiempo se preservó la tradición marcial chilena que se remontaba a las épicas luchas entre araucanos y españoles cantadas por Alonso de Ercilla y que se había acrisolado en la secular guerra de la Frontera y en las guerras victoriosas del siglo XIX. Se formó el tipo de soldado chileno, fruto de la armónica combinación de la tradición militar alemana y de las virtudes guerreras de la raza chilena.

Otro ejemplo de la incorporación de tradiciones culturales europeas al ser de la sociedad chilena lo constituye la educación.

Después de la Independencia, la educación en Chile, marcada por el legado español y la tradición eclesiástica, se renovó primero según los padrones de la civilización francesa. Posteriormente, a partir de fines del siglo XIX recibió la influencia alemana. Esta penetró por dos vías. Por una parte, a través de los colegios particulares, ya sea de los colegios de las colonias alemanas, ya sea de los colegios de las congregaciones, como los Padres Alemanes o las Ursulinas. Por otra parte, a través de los instructores alemanes que, por iniciativa de destacados educadores chilenos como Abelardo Núñez y Valentín Letelier, fueron invitados a reorganizar la educación primaria y secundaria y la formación de profesores. En 1989 se celebrará el centenario de la fundación del Instituto Pedagógico que, bajo la dirección de pedagogos alemanes, realizó una labor decisiva para elevar la calidad de la educación en Chile. El Liceo chileno se constituyó como un establecimiento educacional ejemplar, fruto también de la armónica fusión de tradiciones culturales diferentes.

Los pueblos americanos han recorrido un largo camino para determinar su ser.

En una primera etapa, el mundo americano, aislado de los demás continentes, estuvo entregado a sí mismo.

En una segunda etapa, América quedó ligada a Europa y fue incorporada a Occidente. Su presencia en la historia universal se realizó a través de Occidente.

En una tercera etapa, América Latina conquistó su libertad política. Su desarrollo siguió determinado fundamentalmente por los modelos europeos. Sin embargo, América Latina empezó a definir algunos rasgos individuales que le confirieron una fisonomía propia en la historia universal.

Se presentó ante el mundo como el continente de la libertad y del porvenir, un mundo de infinitas posibilidades y potencialidades, un mundo capaz de proporcionar al hombre los medios para experimentar nuevas formas de libertad. En los países de América Latina se produjeron formas de transculturación y de integración social que hicieron aparecer a la sociedad latinoamericana como un modelo de sociedad abierta, capaz de fusionar grupos de distinto origen étnico y de diferente tradición cultural.

Hoy en día América Latina ha entrado en una nueva y cuarta etapa, en la cual los países latinoamericanos están luchando por definir su propia identidad y conquistar su propio ser.

En este proceso, uno de los mayores problemas se deriva del surgimiento de las masas populares que siguen arraigadas en sus seculares tradiciones indígenas o que, viviendo marginadas en las grandes metrópolis, carecen de toda tradición cultural.

Si no se logra integrar estas masas en los procesos económicos, sociales, políticos y culturales, se nos presenta el peligro de una progresiva pauperización y barbarización de nuestras sociedades.

Los pueblos latinoamericanos deben definir su propio ser. No se trata de caer en un indigenismo irracional ni de imitar servilmente modelos extranjeros. América Latina ha sido marcada por sus fuerzas telúricas y autóctonas y por las influencias que ha recibido como parte del mundo de Occidente. No se trata de rechazar ni lo uno ni lo otro. Debemos construir nuestro futuro continuando el esfuerzo de integrar las fuerzas y tendencias que han determinado nuestros procesos históricos.

Todos nosotros debemos compartir este esfuerzo.

Hagamos nuestras las palabras de los versos de Pablo Neruda:

“Yo canto lo que palpita subterráneo o dormido en nuestra América, el despertar de los pueblos, y canto y creo en ello.

¿Quién puede detenerlo? ¿Quién puede detener mi mano? ¿Y quién puede detener tu mano?

Es la hora del canto, la hora de una mayor profundidad y de una mayor extensión. Es una hora sin máscaras.

Una hora como un rostro hecho de todos los rostros y que nos mira para que nosotros le demos la voz que necesita”.

En el rostro de Chile estarán reflejados todos nuestros rostros. Todos nosotros, hijos de esta tierra y hombres nacidos en otras tierras, hijos y nietos de españoles e indios, de ingleses y franceses, de italianos y alemanes, todos nosotros estamos llamados a integrar y definir la identidad de Chile, definir su rostro y darle la voz que necesita para manifestar su ser.

